

mano, si esto es chanza. Esta tarde nos iremos á pasear á Cuamatla; verás qué hacienda tan bonita. ¿Qué caballo quieres que te ensillen? ¿el almendrillo ó el grullo de tía? —Yo le contesté la primera vez que me lo dijo:—Amigo, yo te agradezco tu cariño; pero excúsate de que me ensillen ningún caballo, porque yo no pienso volver á montar en mi vida grullos ni grullas, ni pararme delante de una vaca, cuanto menos delante de los toros ó becerros. —Anda, hombre, decía él, no seas tan cobarde; no es jinete el que no cae, y el buen toreador muere en las astas del toro. —Pues muere tú norabuena, le respondía yo, y cae cuantas veces quisieres, que yo no he reñido con mi vida. ¿Qué necesidad tengo de volver á mi casa con una costilla menos ó una pierna rota? No, Juan Largo, yo no he nacido para caporal ni vaquero. —En dos palabras; yo no volví á montar á caballo en su compañía, ni á ver torear siquiera, y desde aquel día comencé á desconfiar un poco de mi amigo. ¡Feliz quien escarmienta en los primeros peligros! pero más «feliz el que escarmienta en los peligros ajenos,» como dijo un antiguo: *Felix quem faciunt aliena pericula cautum.* Esto se llama saber sacar fruto de las mismas adversidades.

A los tres días de este suceso se acabaron las diversiones, y cada huésped se fué para su casa. El malvado Januario había advertido que yo veía con cariño á su

prima y que ella no se incomodaba por esto, y trató de pegarme otro chasco que estuvo peor que el del becerro.

Un día que no estaba en casa don Martín, porque se había ido á otra hacienda inmediata, me dijo Januario: —Yo he notado que te gusta Ponciana y que ella te quiere á tí. Vamos, dime la verdad; ya sabes que soy tu amigo y que jamás me has reservado secreto. Ella es bonita; tú tienes buen gusto, y yo te lo pregunto, porque sé que puedo servir á tus deseos. La muchacha es mi prima y no me puedo yo casar con ella, y así me alegrara que disfrutara de su amor un amigo á quien yo quisiera tanto como á tí. —¿Quién había de pensar que esta era la red que me tendía este maldito para burlarse de mí á costa de mi honor? Pues así fué, porque yo, tan fácil como siempre, lo creí, y le dije: —Que tu prima es de mérito, es evidente; que yo la quiero, no te lo puedo negar; pero tampoco puedo saber si ella me quiere ó no, pues no tengo por dónde saberlo. —¿Cómo no? dijo Januario, ¿pues qué, nunca le has dicho tu sentimiento? —Jamás la he hablado de eso, le respondí. —Y ¿por qué? instó él. —¡Cómo por qué! le dije yo; porque le tengo vergüenza: dirá que soy un atrevido; lo avisará á su madre, ó me echará noramala. A más de eso, tu tía es muy celosa; jamás nos da lugar de hablar, ni la deja sola un momento; ¿conque cómo quieres que yo tenga lugar



para tratar con esa niña unas conversaciones de esta clase? — Rióse Januario grandemente, burlóse de mi temor y recato, y me dijo: — Eres un pazguato; no te juzgaba yo tan zonzo y para nada: ¡miren qué dificultades tan grandes tienes que vencer! Quitá allá, collón. Todas las mujeres se pagan de que las quieran, y aunque no correspondan, agradecen el que se lo digan. Ahora, ¿no has oído decir que al que no habla nadie le oye? Pues habla, salvaje, y verás cómo alcanzas. Si temes á la vieja de mi tía, yo te haré juego; yo te proporcionaré que le hables á solas, espacio y á tu satisfacción. ¿Qué dices? ¿quieres? habla: verás que yo solo soy tu verdadero amigo.

Con semejantes consejos, viendo que la ocasión me brindaba con lo mismo que yo apetecía, no tardé mucho en admitir su obsequiosa oferta, y le dí más agradecimientos que si me hubiera hecho un verdadero favor.

El bribón se apartó de mí por un corto rato, al cabo del cual volvió muy contento y me dijo: — Todo está hecho. He dado un vomitorio á Poncianita, y me ha desembuchado todo; ha cantado redondamente y me ha confesado que te quiere bien. Yo le dije que tú mueres por ella y que deseas hablarla á solas. Ella quisiera lo mismo; pero me puso el embarazo de su madre que la trae todo el día como un llavero. La dificultad al parecer es grande; mas yo he discurrido el

arbitrio mejor para que ustedes logren sus deseos sin zozobra, y es éste: el tío no ha de venir hasta mañana; ya tú sabes la recámara donde ella duerme con su madre; ya sabes que su cama está á la derecha luego que se entra; y así esta misma noche puedes entre las once y doce ir á hablarla todo cuanto quieras, en la inteligencia de que la vieja á esa hora está en lo más pesado de su sueño. Poncianita está corriente; sólo me encargó que entraras con cuidado y sin hacer ruido, y que si no está despierta, le toques la almohada, que ella tiene un sueño muy ligero. Conque mire usted, señor Periquillo, y qué pronto se han vencido todas las dificultades que te acobardan; y así no hay que ser zonzo; logra la ocasión antes que se pase, ya yo hice por tí cuanto he podido.

Repetí las gracias á mi grande amigo por sus buenos oficios, y me quedé haciendo mi composición de lugar, pensando qué le diría yo á esa niña (pues á la verdad mi malicia no se extendía á más que á hablar), y deseando que corrieran las horas para hacer mi visita de lechuza.

Entretanto el traidor Juan Largo, que ni palabra había hablado á su prima acerca de mis amorcillos, fué á ver á su tía, y le dijo: que tuviera cuidado con su hija, porque yo era un completo zaragate; que él ya había notado que yo le hacía mil señas en la mesa, y que ella



me las correspondía; que algunas noches me había buscado en mi cama y no estaba yo en ella; y así que mudara á Poncianita á otra recámara con una criada, y que ella se acostara en la misma cama que su prima aquella noche y estuviera con cuidado á ver si él se engañaba. Todo le pareció muy bien á la señora; lo creyó como si lo viera; agradeció á Enero el celo que manifestaba por el honor de su casa; prometió tomar el consejo que le acababa de dar, y sin más averiguación, se encerró en un cuarto con la inocente muchacha y le dió una vuelta del demonio, según me contó á los dos meses una criada suya que se fué á acomodar á mi casa, y oyó el chisme del pícaro primo y advirtió el injusto castigo de Ponciana.

Dos lecciones os da este suceso, hijos míos, de que os deberéis aprovechar en el discurso de vuestra vida. La primera es para no ser fáciles en descubrir vuestros secretos á cualquiera que se os venda por amigo; lo uno, porque puede no serlo, sino un traidor, como Enero, que trate de valerse de vuestra simplicidad para perderos; y lo otro, porque, aun cuando sea un amigo, quizá llegará el caso de no serlo, y entonces, si es un vil como muchos, descubrirá vuestros defectos que le hayáis comunicado en secreto, para vengarse. En todo caso, mejor es no manifestar el secreto que aventurarlo: *si quieres que tu secreto esté oculto*, decía Séneca, *no*

*lo digas á nadie; pues si tú mismo no lo callas, ¿cómo quieres que los demás lo tengan en silencio?*

La otra lección que os proporciona este pasaje es, que no os llevéis de las primeras ideas que os inspire cualquiera. El creer lo primero que nos cuentan sin examinar su posibilidad, ni si es veraz ó no el mensajero que nos trae la noticia, arguye una ligereza imperdonable, que debe graduarse de necedad, y necedad que puede ser y ha sido muchas veces causa de unos daños irreparables. Por un chisme del perverso Amán iban á perecer todos los judíos en poder del engañado Asuero; y por otro chisme y calumnia del maldito Juan Largo sufrió la niña su prima un castigo y un descrédito injusto.

En el discurso de aquel día la señora me mostró bastante ceño ó mal modo; pero como muchacho, no presumí que yo era la causa de él, atribuyéndolo á alguna enfermedad ó indisposición con la familia sirviente. Sí extrañé que la niña no asistió á la mesa; pero no pasó de echarla menos.

Llegó la noche; cenamos, me acosté, y me quedé dormido sin acordarme de la consabida cita; cuando á las horas prevenidas, el perro de Enero, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente, se levantó y fué á despertarme diciéndome:—Flojo, condenado, ¿qué haces? anda, que son las once, y te estará



esperando Poncianita.—Era mi sueño mayor que mi malicia, y así más de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando de frío y de miedo me fuí para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que me tenía urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito; me acerqué á la cama, donde yo pensaba que dormía la inocente niña; toqué la almohada, y cuando menos lo pensé, me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver el sol á media noche. El susto de no saber quién me había dado, me decía que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito más recio que el mismo zapatazo. Entonces la buena vieja me afianzó de la camisa, y sentándome junto á sí me dijo:—Cállese usted, mocoso atrevido, ¿qué venía á buscar aquí? ya sé sus gracias. ¿Así se honra á sus padres? ¿Así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿Este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿Qué deja usted para los payos ordinarios y sin educación? Pícaro, indecente, osado, que se atreve á arrojarse á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que por respeto de sus buenos padres, no hago que lo majen á palos mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el día haré que se lleve á usted á México, que yo no quiero pícaros en mi casa.

Yo, lleno de temor y confusión, me le hiqué, lloré y

supliqué tanto que no le avisara á don Martín, que al fin me lo prometió. Fuíme á mi cama, y observé que reía bastante el indigno Januario debajo de la sábana; pero no me dí por entendido.

Al día siguiente vino don Martín, y la señora pretextando no sé qué diligencia precisa en la capital, hizo poner el coche, y sin volver á ver á la pobre muchacha, me condujeron á la casa de mis padres, sin darse la señora por entendida con su marido, según me lo prometió.

